

cesiones jesuíticas, á fin de que sonaran más fuertemente sobre la cabeza de Austria. Hay que desengañarse; es un verdadero imposible material y moral la alianza del Imperio austriaco con la democracia alemana.

CAPITULO XXI.

QUESTIONES SOCIALES Y RELIGIOSAS

Se ha presentado á las Cámaras del Imperio alemán la abolición del feudalismo en Meklemburgo. Prusia no podía consentir que este viejo tronco feudal permaneciese entre las nuevas instituciones. Presentó, pues, el proyecto de reforma. Lo más raro del caso es que el gran duque de Meklemburgo, siguiendo la ley eterna de la historia, se inclina como nuestros reyes de los tiempos feudales, á la reforma popular en odio á las usurpaciones hechas por la aristocracia sobre la autoridad central. Pero como quiere que el plenipotenciario del Ducado en el Parlamento germánico no represente sólo al Rey sino que también representa á la

cesiones jesuíticas, á fin de que sonaran más fuertemente sobre la cabeza de Austria. Hay que desengañarse; es un verdadero imposible material y moral la alianza del Imperio austriaco con la democracia alemana.

CAPITULO XXI.

QUESTIONES SOCIALES Y RELIGIOSAS

Se ha presentado á las Cámaras del Imperio alemán la abolición del feudalismo en Meklemburgo. Prusia no podía consentir que este viejo tronco feudal permaneciese entre las nuevas instituciones. Presentó, pues, el proyecto de reforma. Lo más raro del caso es que el gran duque de Meklemburgo, siguiendo la ley eterna de la historia, se inclina, como nuestros reyes de los tiempos feudales, á la reforma popular en odio á las usurpaciones hechas por la aristocracia sobre la autoridad central. Pero como quiera que el plenipotenciario del Ducado en el Parlamento germánico no representa sólo al Rey sino que también representa á la

aristocracia allí omnipotente, se ha decidido á hablar y á votar resueltamente en contra. Mucho resisten á esta reforma política y social aquellos grandes vasallos, reyes á su vez, que impiden la propiedad á sus campesinos, que forman tribunales de justicia como en cualquier marca señorial, y que disciplinan sus guardas como un ejército, ejerciendo por terratenientes todos los atributos de la soberanía. Si á esto se une que tienen formidables castillos, que habitan por las selvas, que guardan supersticioso culto á las sombrías tradiciones germánicas, que quieren perpetuar la jurisprudencia consuetudinaria, como comentario perpétuo á las cartas señoriales, se verá cómo los absurdos mayores se salvan de las revoluciones y de la acción de los tiempos en las tristes asperezas de la realidad histórica.

M. Bussing, noble también de Meklenburgo, pero noble reformador, ha presentado la proposición revolucionaria. También se repite en esto otro fenómeno histórico. Estudiad las grandes herejías y vereis que han brotado en las almas de las gentes de la Iglesia. Lutero, que debía acabar con los frailes, era fraile. Pues las altas clases socia-

les han contribuido por muchos de sus miembros á la revolución que ha destrozado los privilegios. El marqués de Lafayette fué la primera espada, y el vizconde de Mirabeau fué la primera palabra de la revolución francesa. Aquí, ahora un propietario feudal propone la destrucción del feudalismo. Ciento ochenta y cinco diputados votaron en pro; ochenta en contra. La proposición fué aprobada. Entre los opositores encontrábase un hombre que ha ilustrado con pólvora y con sangre, pero ilustrado al cabo, los anales de Alemania. Hablo del conde Moltke. Así es la naturaleza; divide los hombres en hombres de ideas y hombres de acción. Si Moltke meditara sobre las últimas guerras, si tuviera conciencia plena del ministerio desempeñado por su talento matemático en la última guerra, vería que en realidad todo se explica por este sencillo principio: ideas superiores, organismos superiores nacidos de estas ideas, han vencido á ideas inferiores, á inferiores organismos. Y ha querido conservar las instituciones feudales en el seno de la antigua Alemania.

Esta nación, que dá grande importancia á los problemas religiosos, continúa dividi-

da en ardientes partidos, amigos ó enemigos de la infalibilidad pontificia. Donde el combate ha tomado mayores proporciones, ha sido en el reino de Baviera. Antigua y exaltada region católica, Baviera se aparta hoy del Catolicismo por la infalibilidad, como se apartó la Alemania protestante del Catolicismo por las indulgencias. Este dogma de la infalibilidad ha venido á mostrar que el disentimiento profundo, profundísimo, de toda la raza germánica con Roma, sólo necesita motivos ú ocasiones para abiertamente manifestarse. Ozanam decia que Baviera conservó más tiempo el Catolicismo que el resto de Alemania, porque Baviera recibió el Catolicismo por la predicacion, en tanto que Prusia perdió el Catolicismo porque Prusia recibió el Catolicismo de la fuerza. Sin embargo, algun disentimiento más profundo debe haber, ya por la complexion, ya por la historia, entre los pueblos germanos y los pueblos latinos, cuando este gran cisma se abre para separar aun la parte más ortodoxa en la Confederacion germánica de la Iglesia madre, de la Iglesia centro, de Roma. El Gobierno bávaro, está muy lejos de

oponer resistencia alguna al desarrollo constitucional de Baviera. El Gobierno dice que él reconoce los mismos derechos constitucionales á los eclesiásticos creyentes y á los eclesiásticos no creyentes en el dogma de la infalibilidad. El Papa truena desde el Vaticano contra esta heterodoxa igualdad y predica que son poderes protervos los poderes capaces de olvidar la obediencia debida á la autoridad del Supremo Concilio Vaticano, que declaró su infalibilidad. Los obispos sostienen al Papa en este combate por la unidad de la Iglesia. El obispo de Ratisbona ha publicado una pastoral, diciendo que la flor de la Iglesia está en la Orden de los jesuitas, base firmísima del trono y los altares. El arzobispo de Munich ha hecho hace pocos dias una peregrinacion religiosa, en la cual excomulga y depone de sus cargos á los sacerdotes refractarios. Mas en el bajo clero hay muchos enemigos de la infalibilidad. El cura de Hoseman se cuenta entre los castigados, entre los heridos por los vibrantes rayos del prelado. Mas el cura ha respondido por la siguiente protesta: «Quiero permanecer siendo miembro de la Iglesia católica, tal como existia antes del 18 de Julio de 1870; mas

no quiero pertenecer á la nueva Iglesia papal, dañosa para las conciencias y para los Estados, obra de los jesuitas dominadores, y delante de esta excomunión, que estimo injusta y como si no hubiera sucedido, apelo del hombre falible al Dios infalible y á la persona de Cristo.»

Pero todavía ha sucedido escena más dramática. Hallábase el arzobispo en uno de los pueblos bávaros que confinan con el Tyrol. Pertenece el cura de este pueblo á la antigua comunión católica que rechaza el nuevo dogma de la infalibilidad. El arzobispo, solemnemente, en el templo mismo, excomulga al cura llamado Bernard. El estupor de los fieles era grande. El cura sube al púlpito, despliega un papel, y lee solemnemente protesta contra la excomunión arzobispal. Apenas la ha leído, cuando los gritos comprimidos por el temor y el respeto en el pecho de los fieles, aclaman al párroco protestante por fiel modelo de los justos exaltados en el Evangelio.

Todas estas cuestiones traen perturbada á Alemania y todas estas perturbaciones han de tener inmensas y trascendentales consecuencias á toda Europa.

CAPITULO XXII.

PROGRESOS DEL TRABAJO Y RETROCESOS
DE LA TEOCRACIA.

El movimiento progresivo de la humanidad, que no puede impedirse por ningún esfuerzo, que no puede evitarse por ningún poder, requiere que así como en política hemos llegado á la libertad, lleguemos en la esfera económica á la completa emancipación de los pueblos. Todavía estamos en período de combate. Todavía las reformas sociales vienen á ser como embrionarias. Todavía hay resistencias casi invencibles á la emancipación. Pero el reconocimiento de la propiedad completa, absoluta, que tiene individualmente el trabajador sobre su trabajo; el reconocimiento del derecho completo,

absoluto, que tienen colectivamente los trabajadores para asociarse y mejorar el producto de su trabajo, indican bien á las claras que nos encontramos en vísperas de llegar á pactar entre la propiedad y el trabajo, verdaderamente redentores para las clases más oprimidas y más pobres. El período de las huelgas es como el monte Aventino en la antigua Roma, período de contradicción y de combate. Mas el período que viene, será período de armonía. Antes las huelgas aterraban; ahora pasan como un fenómeno económico más, que viene á mejorar en definitiva el estado social de los trabajadores, aunque momentáneamente lo agrave y lo empeore. Y la prueba de que lo mejora está en que la huelga de los albañiles en Londres, se ha concluido con un arreglo favorable á las pretensiones de estos jornaleros, y la huelga general de trabajadores con motivo de las concesiones hechas por la ley á todos los obreros del Estado, ha concluido disminuyendo las horas de trabajo y aumentando los rendimientos del salario. Ahora se anuncia una huelga general de los campesinos ingleses, que no podrá menos de llevar algunos cambios á la propiedad bri-

tánica, tan inmóvil, y en cuya inmovilidad se funda el Gobierno de aquella aristocracia. Ciego estará, ciego sin remedio, aquel que no vea la transformación en todos sentidos y en todas direcciones que experimenta la sociedad presente, esta sociedad contra cuyo progreso se han tristemente conjurado tantas y tan poderosas clases.

¿No es uno de los mayores cambios el cambio religioso? ¿No se ve, no se toca materialmente que á la muerte del Papa el Catolicismo ha de transformarse? Como quiera que el Sacro Colegio vive en alturas inaccesibles á nosotros los mortales, no podemos advertir bien cómo el oxígeno de las ideas liberales penetra en su seno y lo oxida. Es lo cierto que dentro de la curia romana hay una mitad casi de cardenales dispuestos á transigir con la Italia moderna en cuanto muera el último representante de la Italia antigua. Y el día que esto suceda, el Catolicismo tendrá que sufrir una transformación como la sufren por necesidad inevitable todas las ideas y todas las instituciones humanas en el continuo movimiento social. Hace pocos días que el Papa se encontró mal, muy mal, á consecuencia de fuerte indigestión.

Los médicos dicen que el día no lejano en que la ascendente hinchazon de las piernas penetre en las entrañas, morirá el Papa. Los que más le conocen aseguran que, á pesar de haber pasado su vida entre ataques de epilepsia, tiene robustez tan grande como la robustez de su hermano el conde Mastay, que pasa de los noventa y cinco años, vi- viendo todavía vida sana y fuerte. La muerte de Pio IX será una fecha de gran trascen- dencia, así en la vida política como en la vida religiosa del mundo católico. Y ya que hablo del mundo católico, permitidme cer- rar esta seccion con una noticia literaria, con la noticia de haberse publicado las obras del Padre Jacinto, precedidas de una carta, en la cual declara que no está arrepentido de haber abrazado el sacerdocio, sino antes resuelto á sostenerlo y practicarlo, como un deber sagrado de conciencia y un ministe- rio divino del espíritu. Engañase el Padre Jacinto por completo en esta determinacion. Al salir del seno de la Iglesia católica ha salido del seno de toda Iglesia, y donde qui- zá podrá quedarse, será á la sombra de un cristianismo racionalista.

CAPITULO XXIII.

LA LIBERTAD DEL PENSAMIENTO EN FRANCIA.

Francia por su posicion en el mundo, y París por su posicion en Francia, ejercen una influencia única en los destinos huma- nos. Puede decirse que la civilizacion se halla dividida en dos grandes hemisferios. El hemisferio de la filosofía, del arte, de la historia, es Europa; y el hemisferio de la li- bertad, de la democracia, del porvenir, es América. Y así como en el hemisferio moral que forma el espíritu americano, llevan la voz los anglo-sajones, en el hemisferio mo- ral que forma el espíritu europeo, llevan la voz los franceses. Geográficamente, somos todos los pueblos más importantes sus veci-

nos. Italia les envia sus cánticos por encima de los Alpes, como España sus recuerdos por encima de los Pirineos. El canal de la Mancha y el celeste Rhin son dos arterias por donde se difunden expansivamente en Francia las ideas de Alemania y los productos de Inglaterra. Cuando los pueblos quieren buscar un centro, citarse á una capital cosmopolita, buscan á París, como cuando los gobiernos quieren cambiar sus notas, comunicarse sus ideas, usan el francés. Hace un siglo además que Francia, poseida del genio de la revolucion moderna, piensa por todos, habla por todos, trabaja por todos en la sublime obra de regenerar al mundo. Sus victorias han sido nuestras victorias; sus desfallecimientos, nuestros desfallecimientos; sus derrotas, nuestras derrotas. Con Mirabeau subió las gradas de la tribuna el pensamiento emancipado; con Danton estalló la fuerza revolucionaria en el mundo; con la Asamblea legislativa se divulgaron los principios del derecho humano en la conciencia; con la Convencion peleamos todos los oprimidos contra todos los opresores, y con la Marsellesa cantamos en todos los horizontes del mundo nuestras victorias los republicanos,

como cantan los católicos su fé en todas las iglesias con el símbolo de Nicea.

Pero notad un fenómeno que ha herido mi atencion muchas veces. En apariencia no hay nacion más una en su carácter, ni más uniforme en sus leyes, que la nacion francesa. Pero en realidad hay dos Francias, como en Voltaire, su genio por excelencia, hay dos hombres. Hay la Francia, que escribe la Enciclopedia, y la Francia que asiste á las cenas de Luis XV; la Francia que entra en la Constituyente con aquel decálogo del derecho moderno en las manos, y la Francia que corre á la Vendée y á la emigracion para pedir cadenas á las bayonetas de los reyes y á las preocupaciones de los pueblos; la Francia de la noche del 4 de Agosto, y la Francia de la tarde del 18 de Brumario; la Francia que llamó á las naciones con sus tribunos á la libertad, y la Francia que quiso con sus soldados suprimir las naciones por la conquista.

De la primera Francia somos todos. En brazos de la nacion que promulgaba el dogma humanitario de la fraternidad humana, todos nos lanzamos. A quien hemos combatido, á quien hemos desangrado, á quien

hemos maldecido, es á la Francia atada como una esclava á la cola de caballo de Napoleon y conducida por el mundo de campo en campo de batalla para suprimir, en nombre de su esclavitud, la independencia y la libertad de los demás pueblos. La gloria de Francia no está en las batallas de sus ejércitos, sino en los discursos de sus tribunos; no está en las águilas de sus legiones, sino en las ideas de sus filósofos; no está en el Arco de triunfo donde se halla esculpida la muerte, sino en la declaracion de los derechos humanos, donde se halla esculpida la libertad. Cuando Francia quiera ser conquistadora, como durante el primer Imperio, todos los pueblos somos sus enemigos. Cuando Francia propaga las grandes ideas, como en tiempo de la República, todos los pueblos queremos ser sus hermanos. En nuestra misma patria, los fuertes montañeses, que sólo tuvieron hierro para las huestes de Napoleon, coronaron con las ramas del árbol de Guernica las armas de las legiones de la República.

Por eso deseo yo tan vivamente que este país penetre de nuevo en las vías de la libertad. El ensayo que ahora se verifica en uno

de los más trascendentales puntos que puede tocar el entendimiento humano ¡ah! no me alienta mucho en mis esperanzas. Se discute hace un mes la ley que regula y ordena la publicacion del pensamiento. La humanidad tiene bien raras preocupaciones; se burla en toda la sucesion de los siglos y se burlará siempre de aquel déspota persa que azotaba el mar cuando el mar se ensoberbecia en la tormenta; y asiste impasible al espectáculo de una Asamblea que azota otro mar más profundo y más grande y más tempestuoso, cuyo fondo es infinito, cuyas riberas son la eternidad, el mar del pensamiento.

¡Qué error tan grave! Ni la cicuta, ni la cruz, ni la Inquisicion pudieron detener el pensamiento. ¿Y lo detendria una ley hipocrita? No conseguirá el censo lo que no ha conseguido el verdugo. No conseguirá el hombre lo que no ha conseguido la hoguera. El pensamiento es invencible siempre; pero lo es mucho más, incalculablemente más, desde que tiene la fortaleza de la prensa. Si la palabra de Sócrates confiada al viento y recogida por unos pocos discipulos no se ha perdido, ménos se perderá la pala-

bra que fija la imprenta en sus tipos inmortales.

Por eso me parece tiempo perdido el tiempo que se gasta en buscar la mejor penalidad para la prensa. La extrema izquierda de la Asamblea no ha estado en discusión tan grave á la altura de su ministerio. Ha debido comenzar por decir que el pensamiento humano es irresponsable ante la ley, concluyendo por rechazar toda penalidad que lo castigue ó lo cohiba. El pensamiento yerra; pero el castigo del error es la verdad. El publicista puede mojar en el lodo la pluma que debía mojar en el éther; pero su penalidad debe ser la reprobación pública, el grito de la conciencia, el aislamiento en que lo deje la opinión, la pena moral que castigue una falta moral.

De suerte que hace un mes que anda la Asamblea francesa discutiendo, ensayando, y aún no ha podido encontrar fórmulas satisfactorias que compendien una ley aceptable contra el pensamiento humano. Y no las encontrará, porque si la ley del universo es la atracción, la ley del espíritu es la libertad.

Y al través de esa inmensa red en la

cual hay penas personales, penas pecuniarías, suspensión del periódico, supresión definitiva, timbre, depósito; á través de toda esa inmensa red se escapará siempre como un vapor el pensamiento humano.

CAPITULO XXIV.

EL PAPA Y EL CONCILIO ECUMENICO.

Una cuestion ciertamente grave agita á pueblos que bajo el aspecto político parecen tranquilos. El Papa promulgó su propia infalibilidad sin contar con dos facultades verdaderamente excepcionales de nuestro siglo: la facultad del exámen filosófico é individual de todos los principios; la facultad del exámen, que con igual derecho, pero con mayor fuerza se arroga la opinion pública. No bastaba que el Papa propusiera las cuestiones y que el Concilio las votara despues de poca discusion y bajo el peso de muchas amenazas; oposicion debia haber en el Concilio como en todas las asambleas humanas, porque la oposicion es el carácter de la inte-